

# Arte y técnica

Lewis Mumford

# Índice

«Lewis Mumford, insurgente»: Introducción a <i>Arte y técnica</i>	
Casey Nelson Blake .....	7
Arte y técnica	
Nota del autor .....	33
El arte y el símbolo .....	35
La herramienta y el objeto .....	67
De la artesanía al arte de la máquina .....	95
Estandarización, reproducción y elección .....	121
Símbolo y función en la arquitectura .....	149
El arte, la técnica y la integración cultural .....	175

# «Lewis Mumford, insurgente»: Introducción a *Arte y técnica*

Casey Nelson Blake

NO RESULTA FÁCIL CATEGORIZAR la extraordinaria trayectoria de Lewis Mumford. Si no basta con calificarle de teórico de la tecnología, urbanista o crítico de la arquitectura, resulta igualmente equívoco completar esas etiquetas con otras, como crítico cultural, historiador, filósofo, biógrafo o artista literario, que atañen a uno u otro aspecto de su obra. Mientras participaba en todas y cada una de estas actividades, Mumford volvió una y otra vez (en veintiocho libros y centenares de artículos y reseñas) sobre un conjunto de inquietudes fundamentales, hermosamente recapituladas en la sucesión de preguntas que plantea en el último capítulo de *Arte y técnica*: «¿Por qué nuestra vida interior se ha vuelto tan pobre y tan vacía a la vez que nuestra vida exterior se ha vuelto tan exagerada, y más vacía aún en materia de satisfacciones subjetivas? ¿Por qué nos hemos convertido en dioses tecnológicos y en demonios morales, en superhombres científicos e idiotas estéticos (idiotas, claro está, ante todo en el sentido griego de individuos completamente privados, incapaces de comunicarse o de comprenderse entre sí)?» (p. 178).

Aquí, como en otros escritos, Mumford indagó en torno a las cuestiones éticas que animaron todas sus investigaciones sobre el arte, la tecnología y el urbanismo: la quiebra de los vínculos de camaradería y comunidad en la sociedad industrial avanzada; la

decadencia de la noción del bien común y la crisis moral resultante en la vida contemporánea; la divisoria cultural que separa el lenguaje instrumental de la técnica del lenguaje simbólico de la experiencia estética, así como el vía crucis de la «personalidad» en una era burocrática. En pocas palabras, Mumford escribió como moralista, como intelectual profético convencido de que las fronteras interdisciplinarias obstaculizaban la necesidad de reorientar la cultura pública en el marco de un proyecto de renovación individual y colectiva. Como le dijo por escrito en 1925 a su amigo Van Wyck Brooks: «Me resulta reconfortante comprobar que mis criterios arquitectónicos y literarios son idénticos, de manera que la buena vida que planea sobre su trasfondo goza, en cualquier caso, de una unidad entre el exterior y el interior».<sup>1</sup>

A lo largo de su trayectoria, Mumford cambió a menudo de opinión en lo que se refería a los medios apropiados para acceder a la «buena vida», sobre todo durante la década de 1940, cuando los terribles acontecimientos que rodearon a la Segunda Guerra Mundial le obligaron a renunciar a muchos de los supuestos «progresistas» de su juventud. No obstante, Mumford se mostró asombrosamente congruente en lo tocante a su concepción de los tres ideales interrelacionados que constituían su visión de «la buena vida», y que en *Técnica y civilización* (1934) denominó «la reconstrucción de la personalidad individual y del grupo colectivo, así como la reorientación de todas las formas de pensamiento y de actividad social hacia la vida».<sup>2</sup> La personalidad, la comunidad

---

1 Lewis Mumford a Van Wyck Brooks, 22 de julio de 1925, en Robert E. Spiller, ed., *The Van Wyck Brooks-Lewis Mumford Letters: The Record of a Literary Friendship, 1921-1963* (Nueva York, E. P. Dutton, 1970).

2 Lewis Mumford, *Technics and civilization* (Nueva York, Harbinger Book, Harcourt, Brace & World, 1962 [1934]), p. 433 [ed. cast.: *Técnica y civilización*, trad. Constantino Aznar de Avecedo, Alianza, Madrid, 2006].

y la renovación de la vida fueron las metas de toda su trayectoria. Es muy característico de Mumford que en dicho libro la crítica del culto a la tecnología se llevara a cabo en nombre de la autorrealización. «El autómatas y el Ello», protestaba, «la máquina incontralada y la bestia primaria, se han apoderado de la esfera normal de la personalidad» (p. 190).

Para Mumford, la reconstrucción de la comunidad conllevaba un proyecto cultural de orientación localista y cosmopolita a la vez. Eterno defensor de la cultura regional y de las asociaciones locales frente al ímpetu centralizador del Estado-nación, Mumford también buscó un lenguaje estético común que fuera capaz de unificar a los estadounidenses, y andando el tiempo a todos los pueblos, en una nueva cultura democrática del diálogo público. Tal comunidad democrática requería un sucesor contemporáneo del ágora o de la plaza medieval, un espacio público en el que los ciudadanos pudieran obrar como artífices y críticos de una cultura compartida, cosa que, en opinión de Mumford, exigía la máxima democratización posible en la creación y el disfrute del arte. Al igual que los románticos ingleses John Ruskin y William Morris, y como su esporádico adversario John Dewey, Mumford se oponía firmemente a la división industrial del arte y del trabajo. Para Mumford la recuperación de la artesanía, la integración del arte y de otras prácticas, y una participación más amplia en la experiencia estética, eran los ingredientes fundamentales de una existencia comunitaria arraigada en las tradiciones locales y que estuviera abierta al mismo tiempo a la innovación y a los recursos de otras culturas.

Según Mumford, la promesa de toda comunidad residía en su capacidad de fomentar la «personalidad» y contribuir a la «renovación de la vida», y siempre sostuvo que la autorrealización era imposible al margen de un proyecto más amplio de reconstrucción cultural y política. El yo realizado era el yo *insurgente*, criatura

# Arte y técnica

## Nota del autor

SALVO EN LO QUE se refiere a la inevitable omisión de interpolaciones espontáneas, estas conferencias están presentadas aquí en la forma en la que fueron pronunciadas originariamente. Fueron escritas para la voz hablada, y aunque en un discurso más largo no cabe duda de que dicha forma podría resultar engorrosa, me pareció que dentro de unos confines tan breves como los de este libro, perderían más de lo que ganarían vertiéndolas al estilo, más incisivo, de la prosa escrita. He realizado algunas pequeñas omisiones y ampliaciones en la conferencia sobre arquitectura, sin que éstas alteren en nada su significado. Aprovecho la ocasión para dar las gracias una vez más a quienes estuvieron presentes en las conferencias por su paciencia y buen humor, así como por su participación activa en las mismas.

L. M.

# El arte y el símbolo



**A**L INICIO DE UNA serie de conferencias, quizá sea conveniente establecer un punto de común acuerdo entre el conferenciante y su público, de modo que para asegurar que así sea, empezaré con una observación categórica: *¡Vivimos tiempos interesantes!* Quizá no se trate de un lugar común tan inocente como puedan ustedes imaginar, pues al igual que los chinos, que han atravesado muchas épocas de caos y violencia semejantes a la nuestra, yo emplearía la palabra «interesante» con un matiz más bien mordaz. Según cuenta la tradición, cuando un erudito chino quería lanzar una maldición devastadora contra un enemigo, se limitaba a decir: «¡Ojalá vivas tiempos interesantes!». Los chinos sabían que pocas de las cosas buenas de la vida podían llegar a buen término en medio de seísmos morales y cataclismos políticos.

Lo que hace tan interesante a nuestra época, por supuesto, es la cantidad de contradicciones escandalosas y trágicas paradojas a las que nos enfrentamos en cada momento, que crean problemas que ponen a prueba nuestras facultades humanas de comprensión y desencadenan fuerzas que desconfiamos de ser capaces de controlar. Hemos sido testigos del hambre en el seno de la abundancia, que todavía padecen millones de personas desamparadas en la India; hemos sido testigos de cómo la renuncia sincera a la guerra que siguió a la Primera Guerra Mundial desembocaba en la entronización de dictaduras militares; y ahora incluso estamos

viendo cómo el odio al totalitarismo engendra, en nuestra propia república constitucional, buena parte de los rasgos más repugnantes del totalitarismo, entre ellos el culto histérico a un líder militar. Y lo mismo ha sucedido también con otras muchas bendiciones aparentes. Desde luego, el arte y la técnica, que son el tema de estas conferencias, no se han librado de estas contradicciones.

Hace tres siglos y medio Francis Bacon exaltó el fomento del saber científico y de la invención mecánica como el medio más seguro de proporcionar alivio a la condición humana: tras unos cuantos gestos expiatorios de devoción, dio la espalda a la religión, a la filosofía y al arte, y depositó todas sus esperanzas de mejora de la humanidad en el desarrollo de la invención mecánica. Es más, halló la muerte, no después de redactar una serie final de aforismos acerca de cómo conducirse en la vida, sino después de haberse expuesto a los elementos en el transcurso de uno de los primeros experimentos en la utilización del hielo para la conservación de los alimentos. Ni Bacon ni sus entusiastas seguidores en los ámbitos de la ciencia y técnica, los Newton y los Faraday, los Watt y los Whitney, se percataron en modo alguno que en el siglo xx el dominio sobre el universo físico, obtenido a duras penas, podría llegar a amenazar la existencia misma del género humano. Si a través de alguna forma de clarividencia Bacon hubiera podido seguir hasta sus últimas conclusiones la pista de esa evolución que con tan incondicional optimismo había pronosticado, es muy fácil suponer que, en lugar de seguir con sus especulaciones sobre la ciencia, hubiera decidido escribir las obras de Shakespeare, cuando menos en calidad de ocupación más inocente. Bacon no previó que la humanización de la máquina pudiera tener el efecto paradójico de mecanizar a la humanidad, ni que en ese fatal instante, las demás artes, que en otro tiempo habían sido tan estimulantes para la humanidad y la espiritualidad del hombre, se volverían igual de áridas y de incapaces de obrar como contrapeso a este desarrollo técnico unilateral.